

al cuartel guardia fuerte. Trajeron á Qualpopoca y sus compañeros, y, confiado por Moctezuma á Cortés su enjuiciamiento, fueron sentenciados y quemados vivos en la plaza, frente al palacio. Y Cortés, que no perdía detalle, hizo encender las hogueras con las armas arrojadas que se guardaban en el templo, como en un arsenal. Mientras ardían las piras y sufrían estoicamente el suplicio, Cortés puso grillos á Moctezuma; y cuéntase que el monarca lloró como hembra—á semejanza de Boadil el granadí—lo que no había sabido defender como hombre.

Cortés, que sólo buscaba en los grillos un efecto de intimidación, se los quitó luego con sus propias manos, y le dió licencia para volverse á su palacio, si gustaba. Moctezuma, cuya fascinación era de las que embargan las potencias, lo rehusó. No podía ó no quería apartarse del Malinche. Temía más á su pueblo, acaso, que al Conquistador. En verdad, el caso es de los más extraordinarios de la Historia.



VII

EL PELIGRO ESPAÑOL

Pocos días después de su encarcelamiento, recibió Moctezuma un recado que debiera hacer hervir en sus venas la sangre. Y fué que Cacumazín, rey de Acolúa, le decía que se acordase de su honra y no quisiese ser esclavo.

A este mensaje correspondió el brioso intento del mismo joven Rey, que reuniendo en Tezcoco á parte de la nobleza, declaró la guerra á los españoles. Y le llamo brioso y generoso intento, porque, si bien México había de ser sojuzgado de to-

dos modos (como lo fué hasta Arauco la indomable), es gloria de las naciones no dejarse quitar sin lucha su independencia. A la distancia que hoy nos separa de estos sucesos, si la figura de Cortés es la de un coloso, las de quienes le resistieron se engrandecen á proporción de lo que le han resistido. Y seguramente Cortés estimaba el valor de resistirle; pero tal estimación no podía torcer sus designios y resoluciones.

Es, en cambio, afrenta de Moctezuma y señal del rebajamiento de su ánimo, el hecho indigno de que, conocedor de los lugares, dispusiese y ejecutase con sus propios vasallos una emboscada nocturna para prender á Cacumazín, y entregarle á Cortés, dando luego á otro Príncipe la corona de Acolúa. Y aún cupo mayor degradación, y fué que, poco después, Moctezuma reunió á sus dignatarios, y ante ellos reconoció solemnemente que siendo el Rey de España legítimo descendiente del dios Quetzalcoal, y habiendo llegado el instante

de que los oráculos se cumpliesen, le cedía el reino y le prestaba obediencia y vasallaje, como debían hacerlo todos.

Parece que hubo en este instante llantos y tristezas; pero nadie protestó.

—Sometámonos—exclamaron los señores—á las disposiciones del cielo.

En señal de homenaje, entregó Moctezuma el tesoro que una noche Cortés había visto y vuelto á tapiar.

Con su cautela lúcida, Cortés deseaba conciliarse, ante todo, el favor de Carlos V, enviándole ricas preseas, á fin de resguardarse contra el peligro español—los manejos de sus enemigos, las asechanzas de la envidia, siempre despierta.

Era todavía tiempo, si Moctezuma hubiese tenido arrestos, para volver por su honor. Aunque aherrojados los principales personajes de la Corte, empezando por el animoso Rey de Acolúa, la nobleza y el pueblo fermentaban, coléricos, y hacían llegar á oídos de Moctezuma que, si lo permitía, en una noche exterminarían á los

teules. Es curioso, porque se relaciona con la misteriosa sugestión ejercida por Cortés sobre Moctezuma, que éste siempre rechazó con ahinco el pensamiento de matar á Cortés y lo único que admitía era que los extranjeros se volviesen á su patria, para lo cual les ofreció madera y operarios que construyesen nuevas embarcaciones.

No era Cortés un fanfarrón, ni desconocía el riesgo en que se hallaba, á pesar de todo lo conseguido. Así es que supo con extremada alegría la nueva de que acababan de llegar á San Juan de Ulúa diez y ocho naves, semejantes á las echadas á pique; y por las pictografías que traían los mensajeros, no pudo dudar fuesen naos españolas, suponiendo que eran el socorro que sus comisionados Portocarrero y Montejo le enviaban desde la patria, y que en ellas venían los refuerzos necesarísimos. —Lo que venía, era la escuadra apresada por Diego Velázquez para apresar al “rebelde y traidor”. Era el peligro español, ya inminente.

Cortés se encontró entonces, sin duda, en la más crítica ocasión de todas. De una parte la protesta y resistencia casi patentes ya en México; de otra, un ejército español, muy superior en número al suyo, fresco para combatir, con doce piezas de artillería, bien bastecido de todo, y con capitanes que anunciaban descaradamente que venían “á cortar las orejas á Cortés”. Para casos tales son los hombres de quienes puede decirse que “rara vez los producen los siglos”.

Empezó Cortés por tratar de persuadir á Pánfilo de Narváez, jefe de la escuadra enemiga, á que se uniese á él, en vista de los daños que acarrearía el estorbar empresa como la empezada. Pero Narváez, hombre obtuso y testarudo, no se quiso convencer. Habíase divulgado ya en México que los recién llegados barcos venían contra el Malinche; y nunca mejor pudo Moctezuma vengar sus agravios. Hay que ver nueva señal de su embrujamiento en el hecho de que, no sólo no aprovechó tan favorable

coyuntura, sino que, afectuosamente, lamentó con verdadera pena el riesgo de Cortés, y le ofreció las tropas mexicanas que pudiesen reunirse, para combatir á Narváez. Cortés, receloso y cauto, no aceptó tal socorro, que de fijo sinceramente le brindaba el Emperador.

Salió, pues (sólo Dios sabe cuán de mala gana) de la capital de los méxicas, después de haber resistido en ella seis meses. Dejaba de guarnición, al lado de Moctezuma, á ciento cuarenta españoles y las tropas aliadas, al mando de Pedro de Alvarado, hermoso y arrogante capitán, tras del cual se iban los ojos de las indias nobles, que, por su rubia cabellera y refulgentes armas, le habían apodado *Tonatiú*, ó sea *el Sol*. Así mermaba Cortés la escasa fuerza que podía oponer á las tropas de Narváez, quedándose con doscientos cincuenta hombres.

Narváez ya había desembarcado, haciéndose fuerte en la ciudad de Zempoala, en el Templo mayor; pero estaba dormido,

como mal jefe que era, y Cortés, de noche, sigilosamente, saltó sobre él y antes del amanecer se había apoderado de la tropa, de la artillería y del mismo Narváez, á quien aseguró en la fortaleza de Veracruz.

En esta jornada hizo heroicidades Gonzalo de Sandoval; fué él quien, subiendo al templo con ochenta hombres, bajo el fuego y las flechas, prendió á Narváez, al cual un viejo cacique había advertido, diciéndole:

—¿Cómo estás descuidado? No está así el Malinche.

Y en efecto, el abandono de Narváez y su falta de condiciones le apercibían la derrota. Llegado el momento de combatir, hizolo valientemente; pero una lanzada en el ojo izquierdo, que le obligó á exclamar “¡Santa María!”, le dejó inútil y medio insensato. Cuando, aherrojado, le trajeron, horas después, á la presencia del Malinche, Narváez le dijo:

—Señor Cortés, bien podéis agradecer

á la fortuna que tan fácilmente habéis tomado mi persona.

Y Cortés, que estaba sentado, vistiendo elegante ropón color naranja sobre la armadura, contestó con la grave altivez que sabía adoptar:

—Mucho tengo que agradecerle; pero sabed, señor Narváez, que lo menos que yo he hecho en esta tierra en que estoy, es haberos prendido.

Conjurado tan felizmente por esta parte el peligro español, se presentó en forma distinta. Un correo trajo á Cortés la noticia de que los mexicanos se habían sublevado, quemando los bergantines que estaban preparados para el viaje de Cortés, atacando los acuartelamientos de la guarnición y poniéndola en duro trance. La causa no fué otra sino un acto reprobable del rubio Alvarado. En cuanto la mano inteligente de Cortés dejó de regirlos, aquellos hombres, los más esforzados que registra la Historia, pero á los cuales el mismo Cortés, en sus Cartas de Relación,

declara “incomportables”; que sentían la soberbia de tantas victorias, y el ímpetu destructor de tanta guerra, se desmandaron, y crearon el conflicto que por poco malogra la empresa y cuesta á todos la vida.

El suceso ocurrió en México, durante la fiesta de la incensación de Huchilobos, á mediados de Mayo. Era la más solemne; se celebraba con alborozados bailes y suntuosas ceremonias. Solicitaron de Alvarado los nobles permiso para que asistiese, según tradicional costumbre, el Emperador. Alvarado no quiso concederlo, sino á condición de que el baile se hiciese en el mismo cuartel donde Moctezuma estaba detenido. Se reunieron en el patio los principales de México, luciendo ricos joyeles de oro. Cuando les vió descuidados, Tonatiú gritó: “A ellos”, y la tropa los pasó á cuchillo. El caso debió de abrir surco muy hondo, pues sacó de su apatía á la ciudad, y sobre el infausto destino de aquellos nobles acuchillados se compusieron elegías,

que mucho después de la Conquista aún cantaban plañideramente los indios.

Para explicar la conducta aleve de Alvarado, se dice que tenía aviso, por confidentes, de que la fiesta era un pretexto para atacar á los españoles, y él quiso dar primero, aterrar.—Torpe plagio, en verdad, de las sublimes temeridades de Cortés, que nunca hubiese echado sobre sí tal mancha, ni nunca cometió violencia inútil, y la de Alvarado fué, no sólo inútil, sino fatal.

Por torpe y por traidora, la violencia de Alvarado pudo en el ánimo de los méxicas lo que no pudieron todas las audacias de Cortés echando grillos al Emperador. Fué atacado sin tardanza el cuartel de los españoles, y por poco lo derriban y lo quemán y allí los exterminan á todos. Una vez más, Moctezuma tomó la defensa de los barbudos y contuvo á su pueblo; pero éste sitió por hambre á Alvarado, interceptando los víveres.

Con la celeridad en él acostumbrada, acudió Cortés al socorro. Extrañan algu-

nos que no castigase á Alvarado, sin ver que no estaban los tiempos para privarse de un capitán como el *Tonatiú*. En Tlascalala revistó su ejército, engrosado ya con el de Narváez; y con nueve mil hombres, entre españoles y aliados, hizo el 21 de Junio su entrada en la gran capital, silenciosa y amenazadora, sin un alma por las calles y cortados ya algunos puentes.